

SIMON BOLIVAR DESDE EL MUNDO ACTUAL *

Por NELSON MARTÍNEZ DÍAZ

No siempre una figura revolucionaria en el terreno de la práctica, un personaje capaz de trasladar a los hechos sus proyectos políticos, promueve intensas discusiones en el plano de las ideas, como ha sucedido en el caso de Simón Bolívar. Esto es, sin duda, lo que otorga renovada actualidad a su pensamiento, pese al fracaso final de sus construcciones teóricas más ambiciosas. La Gran Colombia, la Confederación de los Andes, la unidad hispanoamericana que esperaba lograr en el Congreso de Panamá, se frustraron, tanto a causa de la magnitud de la empresa en un continente que no había superado aún el período conflictivo de la independencia, como por las desconfianzas regionales.

Al igual que Francisco de Miranda, Simón Bolívar fue educado en el clima de la Ilustración. Pero si el largo exilio alejó al primero de la realidad en constante mutación que vivía la América española durante el cambio de siglo, las breves pero activas experiencias recogidas por Bolívar en sus viajes —sobre todo, su captación del espíritu revolucionario y de la crisis que experimentaba un mundo europeo que se transformaba—, fueron complementadas por el continuo acercamiento a los problemas locales.

La peripecia vital de estas dos personalidades, atraídas ambas por la cultura producida en Europa, ejemplifica, desde un momento político de ruptura, el dilema que deberá enfrentar todo latinoamericano: el de reformular ciertos esquemas, de incuestionable validez en otras latitudes, y comprobar su aplicabilidad al nuevo contexto.

Bolívar ensayó poner en práctica las propuestas teóricas de la Ilustración, pero con una independencia intelectual que le condujo a expresar su opinión desfavorable con ciertas fórmulas que estimaba inviables, al tiempo que elaboraba proyectos sustitutivos, atendiendo a la situación política y social de América del Sur.

Porque uno de los grandes temas del período independentista fue, como se sabe, convertir en naciones modernas esas antiguas unidades que se desintegraban al separarse de España. En consecuencia, surge la adhesión a los esquemas libe-

* Conferencia leída en la Comisión de Cultura y Educación de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa. Estrasburgo, 4 de octubre de 1983.

rales de gobierno, pero se establece una pugna histórica entre federalismo y centralismo. La lucha por consolidar un nuevo orden, cimentar las nacionalidades, pronto convocó una serie de problemas inesperados para los libertadores: las instituciones liberales no se ajustaban bien a pueblos que tendían a disgregarse para seguir a un caudillo regional. El federalismo se convirtió en utopía para algunos países, ya que obstaba cualquier intento de unificación y ordenamiento territorial.

Los hombres de pensamiento harán de ese problema su núcleo de reflexión durante buena parte del siglo XIX. Descubrirán que existe un problema sociológico previo a toda teoría política, a todo ensayo de crear una comunidad organizada, una nación. Uno de los primeros hombres del período de la independencia que desarrolla esta idea es Simón Bolívar. Y no sólo pone al descubierto esta dificultad, sino que actúa con energía para encontrarle solución.

Es en el *Manifiesto de Cartagena* (1812), donde expone por primera vez estos conceptos y otros que le son afines. Al recoger lecciones de la experiencia, el admirador de los enciclopedistas, el lector de Rousseau, comienza a distinguir entre teoría, elaborada en Europa, y práctica, ejercida en el continente latinoamericano. Debe aplicarse a construir un estado mientras destruye un orden anterior; pero en un mundo histórico distinto y sin embargo inscrito en la influencia europea. Bolívar ensaya esa audofeción en la *Carta de Jamaica* (1815):

“Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y las ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con una notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles...”.

Resultaba, entonces, imposible la adaptación de normas políticas con la amplitud que implicaba el sistema federal de gobierno, a un ámbito tan dilatado, a grupos humanos tan heterogéneos, en medio de conflictos internos y afrontando una guerra por la emancipación cuyo fin no se percibía. “Tuvimos —afirmaba desde Cartagena— filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados”. Tal era su opinión acerca de aquellos que esperaban implantar en Venezuela formas culturales y políticas originadas en situaciones históricas muy distintas.

No se trataba de una oposición al sistema en sí, que estimaba como “el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad”; el problema, para Bolívar, residía en la inexistencia de una educación popular para participar en el proceso: “Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano”.

Puede advertirse en esta reflexión, que anuncia sus futuros intentos de rediseñar los modelos políticos vigentes y adecuarlos a los países recién emancipados, una atenta lectura del *Espíritu de las Leyes*; pero trasladando, con rigor intelectual, el pensamiento de Montesquieu a la conflictiva realidad americana. Las leyes, citaba el Libertador en el *Discurso de Angostura*: “deben ser propias para el pueblo que se hacen; que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra”.

La postura intelectual de Simón Bolívar lo ubica, entonces, en el núcleo de aquellos que descubrieron la existencia de una peculiaridad hispanoamericana, con sus modalidades culturales y claros signos diferenciadores del mundo conocido. Era imprescindible, ante la singularidad del continente, y más aun, ante las desigualdades regionales, elaborar formas políticas adecuadas a las nuevas instancias históricas.

Esta idea —y quiero subrayar aquí que fue producida mientras que su autor atendía a las arduas exigencias de la guerra— provenía de un hombre cuya capacidad de extender su horizonte mental más allá de la región lo convierte en excepcional para su época. El tema central en la ideología política bolivariana es consolidar la unidad interna del nuevo estado; esto le lleva, en consecuencia, a propugnar el centralismo como sistema de gobierno.

Simón Bolívar se inscribe, entonces, en el nivel ideológico de su tiempo, para sobresalir en esa generación de hombres que desea ver cristalizados, en la América española, los modelos políticos más avanzados. Esta decisión encerraba un conflicto, señalado por el mexicano Leopoldo Zea: “Arrancar, borrar y anular toda expresión de un pasado que no se resignaba a ser tal, será la consigna de los latinoamericanos empeñados en hacer de esta parte de América un mundo semejante a los grandes modelos del mundo occidental”.

Pero existía una parte de ese pasado, de esa herencia, que era irrenunciable. Esa parte había conformado los elementos nucleares de una cultura, por fusión con elementos autóctonos. Y esa parte, en buena medida, venía de España. Bolívar mismo, el infatigable combatiente por la independencia, lo deja implícito en sus documentos; existe un idioma común, hábitos y costumbres afines; configuran el factor unificador de ese extensísimo territorio hispanoamericano.

A esto, cabe agregar que se habían fundado ciudades y establecido formas de gobierno y administración similares a las de la península; algunas de ellas, como los Cabildos, de extensa supervivencia en la América independiente.

Bolívar comprende que el “huracán revolucionario” —estas son sus palabras en la apertura del Congreso de Angostura de 1819— ha destruido unidades que es preciso reconstruir en la América independiente, para hacer viable la vida histórica de sus estados. En definitiva, como ha señalado el historiador colombiano Liévano Aguirre, el Libertador parece estar influenciado en este aspecto por el centralismo implantado por Carlos III. Son visibles, asimismo, las presencias de otros modelos europeos, de los que extrae ciertas fórmulas, como la constitución británica y el Consulado napoleónico.

La "virtud republicana", tan reclamada por Bolívar para los ciudadanos de las recién formadas repúblicas, concita múltiples referencias al pasado histórico de la civilización occidental. Se trata, claro está, de un rasgo epocal; se encuentra ya en los convencionales de la Revolución Francesa, y es de uso frecuente por los liberales de la primera época. La idea de "virtud", tal como se la define entonces, tiene sus antecedentes en la antigua Grecia y en la república romana. El mundo antiguo es un punto de referencia paradigmático; los exponentes contemporáneos del modelo eran, para el Libertador, como para muchos liberales de su tiempo "Inglaterra y Francia". De esos modelos, cuya irradiación sobre los movimientos progresistas de ambos lados del Atlántico era muy fuerte, Bolívar extrae aquellos elementos que le permiten madurar proyectos constitucionales inéditos. Tales ideas se irán escalonando en la institución cameralista, el ejecutivo presidencialista, el poder judicial independiente, y una institución que reconoce sus antecedentes en el mundo clásico: Areópago y censores. En 1819, confiaba el poder moderador al senado hereditario; en la constitución para Bolivia, siete años más tarde, encomendaba la estabilidad institucional a la presidencia vitalicia. La intención manifiesta era encontrar una fórmula para preservar la unidad nacional, continuamente amenazada, en países donde la violencia estaba legitimada por las ambiciones personales y las hondas disparidades sociales.

"No aspiremos a lo imposible —advertía Bolívar— no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía. De la libertad absoluta se descende siempre el poder absoluto". Para los conocedores de la obra de Montesquieu, resulta clara la procedencia de ese esquema cíclico en la alternancia de las formas de gobierno. La corrupción de un sistema deja lugar a otros así se suceden la democracia - la monarquía - el despotismo.

La búsqueda de formas de gobierno estable —que no implicó, en el ideario político bolivariano, inmodificables—, respondía a la expectativa de superar las instancias históricas más difíciles. En 1825 escribía al general Santander: "Tengo la idea de que nosotros podemos vivir siglos siempre que podamos llegar a la primera decena de años de nuestra niñez". Era preciso, para ello, neutralizar también los agentes causantes de la anarquía interior, los focos de predominio señorial aún perdurables, génesis de un poder caudillesco que se opuso, durante largos períodos, a la transformación definitiva de las jóvenes repúblicas en entidades nacionales completas.

La distinta fisonomía que asume la revolución en el continente no escapa a la visión política de Bolívar. Pero contrapone a esta diversidad la unión necesaria de los países liberados, idea que deviene tema clave en su ideario. Si para los gobiernos nacionales propone el centralismo, para la unidad continental afirma: "Desde muy a principios de la revolución he conocido que si alguna vez llegáramos a formar naciones en la América del Sur, la federación sería el lazo más fuerte que podría unirlos".

Este proyecto, madurado en su pensamiento desde 1815, es el que habrá de ofrecer en su convocatoria al Congreso de Panamá. Imprescindible para hacer frente a eventuales intentos de reconquista por parte de España, Bolívar lo esti-

maba como imperativo luego de la creación de la Santa Alianza. Pero existía en ese plan —escribía en 1821 a su enviado diplomático Joaquín Mosquera—, la determinación de instaurar un sistema de conciliación que: “dé impulso a los intereses comunes de los Estados americanos y dirima las discordias que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas hábitos”.

Pero ante todo, tales ideas definían una concepción de la política internacional. Habían sido expresadas desde Jamaica, cuando señalaba que Europa debía interesarse en la independencia americana: “porque el equilibrio del mundo así lo exige”. Es en este plano que el pensamiento de Simón Bolívar se nos muestra en toda su originalidad. Una coalición integrada por estados que se extendían desde México hasta Tierra del Fuego; “una liga verdaderamente americana”, como expresaba el Libertador, era una propuesta teórica de alcances ambiciosos. El Istmo de Panamá se convertía en algo así como un símbolo, situado: “en el centro del globo, viendo por una parte Asia y por la otra Africa y Europa”.

Esta noción de solidaridad continental, aspiraba a crear una nueva potencia frente a los expansionismos que se adivinaban al comenzar el siglo XIX, pero encontró escasa respuesta entre sus contemporáneos. No obstante, su vigencia como proyecto histórico no ha caducado. También nos ha legado Simón Bolívar una lección interpretativa de la realidad americana. No renunció, como se ha visto, a la herencia cultural europea; pero tampoco ignoró que sus esquemas, su visión del universo, no podían ser trasladados sin variantes a unas culturas tan dispares.

Europa puede hacer mucho hoy por América Latina. Se trata de dos continentes que, desde la ampliación del mundo conocido que tuvo lugar en el Renacimiento, han establecido un continuo intercambio de productos, de hombres y de ideas. Y es precisamente a través de uno de esos países europeos, a través del descubrimiento y conquista españoles, que América entra a formar parte del mundo conocido. A través de España, asimismo, se establece el primer puente cultural entre Europa y el Nuevo Mundo. También a partir de allí se producirían todos los mitos e interpretaciones de la realidad americana, gestados por el asombro de lo desconocido.

Pero un ensayo de aproximación a la realidad latinoamericana actual, una intelección de sus causas profundas, demanda un esfuerzo de revisión en la manera de enfocar una realidad tan distinta para el europeo, tal como lo ha señalado Gabriel García Márquez al recibir el premio Nobel de Literatura.

Johan Huizinga escribió en una de sus obras: “Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado”. Precisamente, en la historia de América, de la que emerge con fuerza la figura de Simón Bolívar, se encuentra la respuesta a sus problemas de hoy.